

ALBERTO COZZI



100XUNO



¿QUÉ DIOS?

La experiencia de lo divino hoy



Presentación de JAVIER PRADES

¿Qué Dios?

100XUNO

Alberto Cozzi

¿Qué Dios?

La experiencia de lo divino hoy

Presentación a la edición española de Javier M^a Prades López

Presentación a la edición italiana de Cristiano Passoni

Traducción de Fernando Montesinos Pons



Título en idioma original: *Quale Dio? Un nome
senza volto o un mistero con molti nomi?*

© 2024 ITL srl a socio único

Via Antonio da Recanate, 1 – 20124 Milano

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2025

Presentación a la edición española de Javier M^a Prades López

Presentación a la edición italiana de Cristiano Passoni

Traducción de Fernando Montesinos Pons

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

100XUNO, n° 144

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-224-0

Depósito Legal: M-5346-2025

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda, 20 - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Una extraña extrañeza.....	7
Presentación a la edición italiana.....	15
Introducción. Un aniversario que provoca.....	19
I. El escenario: la evaporación de Dios.....	27
II. En busca de una espiritualidad «sin Dios»: el movimiento posteísta	39
III. El Dios creador necesario del Big Bang: un «Dios minúsculo» que se encuentra al principio de todo	63
IV. Dios tiene muchos nombres: el desafío del pluralismo	85
V. El escándalo del mal: la objeción más radical	105
Conclusión.....	127

UNA EXTRAÑA EXTRAÑEZA

Unas palabras de Alberto Cozzi definen la situación cultural de nuestras sociedades occidentales, y al mismo tiempo califican su proyecto: «Hace falta mucho valor para hablar o escribir hoy sobre Dios. El silencio en torno al término ‹Dios› se ha vuelto ensordecedor».

El libro se sitúa en el contexto del 1700 aniversario del Concilio de Nicea (325 d.C.). Este Concilio fue decisivo para custodiar de manera auténtica la fe cristiana en Dios y por ello en el año 2025 se multiplican las publicaciones y eventos sobre la asamblea y el credo niceno. Cozzi prefiere describir el contexto espiritual en el que nos encontramos, antes de abordar las implicaciones teológicas y antropológicas de la doctrina nicena sobre la divinidad del Hijo consustancial con el Padre.

El libro es ágil sin ser superficial, algo que no siempre sucede, y ayuda a orientarse ante tantas dificultades como vemos a nuestro alrededor. El teólogo milanés

puede prescindir de la erudición, salvo alguna referencia en las notas a pie de página, porque ya tiene a las espaldas un sólido *Manual de doctrina trinitaria*. Ahora se dirige a cualquier lector que se interese por las cuestiones que plantea el título, incluyendo los no especialistas.

Su diagnóstico sobre la génesis histórica del problema acierta a descifrar este silencio sobre Dios en la cultura —el ateísmo semántico— y en el interior de las personas. Para ello propone una comprensión muy valiosa de la experiencia humana, que ayuda a identificar los motivos que vuelven extraña y lejana la realidad de Dios en la vida cotidiana, motivos que no son siempre abiertamente hostiles sino a veces muy sutiles.

Con ello ayuda a esclarecer una dificultad propia de mi generación (al menos) en España. Veníamos de una tradición católica que se aceptaba todavía de buena gana, pero en la que la realidad de Dios se iba desvaneciendo poco a poco. Por usar una fórmula paradójica: Dios seguía siendo «verdadero» —en el sentido de que no se quería negar ninguna verdad sobre el Dios cristiano, y mucho menos su existencia—, pero era como si se estuviera volviendo «no real», es decir «no determinante» para las opciones concretas de la vida. Dios se iba reduciendo a una mera idea, como el trasfondo lejano de un proyecto de vida que ya no lo necesitaba en sentido

estricto para cumplirse humanamente. La consecuencia no tardaría en llegar: puesto que la vida de las personas normales tiende hacia lo real —la filosofía afirma *bonum est in rebus*—, si Dios no es real, hay que buscar en otra parte esa realidad que llena la vida. Y viceversa, la relación con un Dios reducido a pura idea no puede fundamentar ni la comprensión adecuada ni el abrazo de sí mismo o de los demás. En consecuencia, tampoco puede sostener las dimensiones éticas y el compromiso en el mundo que se derivan de su existencia reconocida en la fe. Un Dios reducido a idea se volvía perfectamente prescindible, aun sin necesidad de renegar formalmente de él. A finales de los años setenta la situación podía describirse en estos términos para mis contemporáneos, pero hoy la dificultad en un cierto sentido se ha radicalizado y, en otro, presenta rasgos nuevos, sobre todo para quienes ya no proceden de una tradición cristiana.

Después de examinar esta «extraña extrañeza», Cozzi presenta críticamente tres intentos de darle respuesta desde la teología y la pastoral. En primer lugar, estudia la propuesta de una espiritualidad sin Dios. Se trataría de un «post-teísmo» donde a partir del rechazo de Dios concebido como un objeto que hace número con el mundo —lo cual es equivocado sin duda alguna— se llega a convertirlo en una mera idea regulativa,

también vacía, y al final rechazada. El resultado es el de una «espiritualidad» que prescinde de Dios. No se puede dar cuenta de Él ni en su realidad singular y trascendente (unidad y unicidad), ni en su profunda inmanencia en lo real, como Aquel que es la consistencia de todo, que es el aspecto verdadero que este «post-teísmo» pretendería potenciar.

El segundo intento es el del interés renovado por la dimensión cosmológica del acceso a Dios. Es llamativo que esta vía parecía haberse cerrado para siempre tras el rechazo kantiano de la metafísica y la proclamada incompatibilidad entre las viejas formas de acceder a Dios como fundamento del mundo y la realidad de ese mismo mundo, que las ciencias, en particular la física y la astrofísica y más tarde la biología, trataron de explicar exhaustivamente, aceptando la reducción empirista y positivista de la ciencia, el así llamado «cientificismo». Parece irónico que precisamente los asombrosos descubrimientos de la física en el siglo XX hayan reabierto la discusión sobre el Dios creador y el *big bang* u otras teorías científicas, que Cozzi presenta de forma concisa pero eficaz, sin ceder a contraposiciones estériles ni a concordismos superficiales.

La tercera orientación teológico-pastoral se refiere a la propuesta de un pluralismo religioso en el que todos

los nombres de la divinidad remitirían a una incógnita equidistante de cualquier forma de expresión religiosa. Las culturas y las tradiciones religiosas no serían más que los diferentes intentos humanos de apuntar asintóticamente hacia ese Dios desconocido, incognoscible y ciertamente alejado de las experiencias y necesidades humanas.

La última parte del libro destaca la capacidad del Dios cristiano para reavivar la experiencia de lo humano frente al escándalo del mal. Cozzi estudia esta última dificultad de manera coherente con la concepción que ha ofrecido sobre la experiencia humana. Subraya una característica original del misterio cristiano de Dios: no se «manifiesta» sin más, sino que, en rigor, se «revela», es decir, irrumpe imprevisiblemente en la trama prevista y previsible de la vida ordinaria como una llamada, como una llamada amorosa, que, siendo un don, suscita una tarea original para cada uno. En este entrelazamiento de don y tarea se juega la identidad personal. Como sabemos, el problema del mal se ha convertido en uno de los argumentos a primera vista más firmes para negar la existencia de Dios o al menos su relevancia semántica y cultural. Cozzi lo examina de nuevo, para reivindicar lo que describe bellamente como la victoria del Resucitado, el don del Espíritu que lleva la experiencia humana más

allá de sus límites insuperables —especialmente el mal radical—. Es la experiencia de Dios que ha hecho vivir a nuestras sociedades durante siglos y que puede hacer vivir a cada persona ahora y en el futuro.

Esta descripción de algunos aspectos de la percepción de sí mismo, a la luz original de la revelación cristiana, puede ayudar al lector primero a expresar sin reservas su cansancio o su extrañeza respecto a la realidad y respecto a Dios y, sobre todo, a acoger y proponer la vida amorosa del Dios de Jesucristo que se le revela. Cozzi insiste por ello en que hoy no es tan urgente demostrar la existencia de Dios, es decir, reinterpretar las pruebas de su existencia u ofrecer nuevas demostraciones, sino encontrar lugares donde esté viva la experiencia de Dios que ha descrito.

Cabe añadir que el volumen ha sido escrito en Occidente, para nosotros occidentales, como es obvio. El peso de muchos de estos argumentos, tanto al plantear las dificultades como al responderlas, es típico del camino problemático que Occidente ha seguido, y en buena medida sigue todavía, respecto del Dios cristiano. En otros continentes y en otras culturas, en otras formas de ser católico o de ser religioso, estos no serían los problemas dominantes ni tampoco las respuestas. Se trata, pues, de un libro adecuado para nosotros, teniendo en

cuenta, por otra parte, que lo que ocurre en Occidente tarde o temprano afecta a los demás lugares del mundo.

Añado una consideración final. Una teología como esta, basada en fundamentos rigurosos gracias a un trabajo serio, es capaz de comprometerse con el mundo de hoy, y de dar palabras a los creyentes sencillos que necesitan juzgar lo que sucede en su interior y a su alrededor en este Occidente exhausto. Se convierte en un buen ejemplo del servicio tan valioso que la teología presta a nuestro tiempo y a nuestra Iglesia. Acogemos entonces con satisfacción y curiosidad la pregunta: ¿De qué Dios se trata?

Javier M^a Prades López

Solemnidad del Bautismo del Señor, 2025

PRESENTACIÓN A LA EDICIÓN ITALIANA

La Iglesia indivisa elaboró entre los siglos III y VIII por medio de los siete primeros concilios ecuménicos, en el encuentro entre el pensamiento griego y la revelación cristiana, la idea de la Trinidad, dando forma al Credo. De modo especial, el descubrimiento de la definición de Dios Trinidad, acontecido en Nicea en lo más vivo de una disputa encendida por el presbítero Arrio, trajo consigo, de hecho, un giro resolutivo integrador e invitador en el modo de interpretar el sentido del mundo, en el entrelazamiento de la sabiduría humana y la gracia de la Revelación de Dios. Su descubrimiento permitió ofrecer una palabra sobre Dios y su modo de revelarse desde el silencio de su abismo como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Pero, al mismo tiempo, reconoció una palabra sobre el sentido de la creación y el destino del hombre como su cumbre y custodio de aquella.

De hecho, lo que comenzó con la respuesta a la predicación de Arrio, que ponía en tela de juicio la divinidad del Hijo, como no engendrado eternamente del Padre, abrió un proceso esencial que es importante recordar hoy. En efecto, el proceso que se inició con la definición de la divinidad del Hijo y concluyó con la explicitación del dogma trinitario en el símbolo niceo-constantinopolitano que confesamos durante la celebración de la Eucaristía, trajo consigo una operación singular. Los Padres reunidos en el Concilio no se contentaron con retomar el lenguaje bíblico del Nuevo Testamento que afirmaba la divinidad del Hijo, sino que, apelando a categorías filosóficas tomadas de la sabiduría griega, obtuvieron una mejor conciencia y comprensión de la misma. No inventaron una nueva doctrina, sino que, recurriendo a la reflexión de la época, encontraron una forma más adecuada de traducir lo que contenía la Revelación. Si bien en un tiempo fue bastante fácil hablar de Dios, en una cultura cristiana esencialmente compartida y dentro de las estructuras eclesiales que impregnaban la vida cotidiana de las personas, la cuestión se vuelve ahora urgente en este cambio de época. Es este primer sendero el que la reflexión de Alberto Cozzi pretende explorar, respondiendo a la pregunta: *¿Qué Dios?* ¿Cómo, pues, hablar de Dios hoy, en un

marco de pluralismo religioso? ¿Qué discernimiento exige un testimonio cristiano que tenga la valentía de expresarse y se muestre al mismo tiempo respetuoso con la identidad religiosa de quienes viven con nosotros? Quisiéramos beber en esa fuente inagotable, releyéndola, como sucedió en los primeros tiempos de la Iglesia, en la novedad que hoy nos interpela.

Don Cristiano Passoni
Consiliario General Acción Católica Ambrosiana

INTRODUCCIÓN

UN ANIVERSARIO QUE PROVOCA

EL DIOS DE NICEA

Además de ser el año del Jubileo de la Esperanza, el 2025 es el aniversario del concilio de Nicea del año 325, el primer gran concilio ecuménico, convocado por el emperador Constantino. El historiador de la Iglesia Eusebio de Cesarea cuenta conmovido cómo obispos y patriarcas ancianos, algunos de ellos supervivientes de las persecuciones y marcados con las cicatrices de la tortura, eran transportados en carros imperiales al lugar del sínodo para practicar un discernimiento sobre el contenido de su fe, la fe por la que estaban dispuestos a dar la vida. En particular, habían sido convocados a emitir un juicio vinculante (dogma de fe) sobre una cuestión relacionada con el rostro eterno de Dios, con su vida divina. La cuestión tenía su origen en un sacerdote de Alejandría, gran predicador del populoso y rico

barrio del puerto, un tal Arrio. Afirmaba este que en Jesucristo hemos encontrado al Verbo de la vida, al Hijo de Dios, que es la primera y más bella de las criaturas. Más aún, él es el proyecto originario en vista del cual se hicieron todas las cosas y, por tanto, el modelo y el fin último de todo (precisamente el Logos: Jn 1,1-18, pero también Col 1,15-20). Ahora bien, en cuanto Logos de la creación no es verdaderamente Dios como Dios Padre, sino una realidad inferior. Eso significa que en Jesús no hemos encontrado al Dios que viene y se entrega a nosotros en su identidad profunda, sino que hemos encontrado a un mediador eficaz, inferior a Dios, aunque capaz de comunicarnos su santidad.

Para responder a esta cuestión, los obispos reunidos en Nicea debían, en primer lugar, proyectar su mirada más allá del principio (Jn 1,1-3), debían traspasar el origen y entrar en la vida eterna de Dios para decir si el Verbo de vida ya existía, existía desde siempre presente en el ser divino de Dios Padre, o solo apareció en un momento determinado, precisamente al principio de la creación. La cuestión no era de poca monta.

En primer lugar, hay que señalar el ámbito de pensamiento en el que nos movemos. Se nos envía mucho más allá de nuestro horizonte de experiencia, más allá de nuestra vida cotidiana. En Jesucristo hemos encontrado

¿Qué Dios?

«Hace falta mucho valor para hablar o escribir hoy sobre Dios». ¿Es acaso impensable hablar de Dios en nuestros tiempos? ¿Por qué, en esta era, parece tan difícil nombrarlo, y más aún, situarlo en el espacio público e incluso en lo privado? Es como si ya no hubiese razón para mencionarlo, como si su presencia no fuera más que un eco lejano. Alberto Cozzi revela el vacío que deja esta ausencia en el mundo contemporáneo. Pero lo inquietante es que esta ausencia no significa que Dios se haya ido, sino que permanece, aunque se disuelva en una espiritualidad sin rostro, en una búsqueda de «pruebas científicas» de su existencia, y en una multiplicidad de experiencias religiosas que no conducen a ningún puerto firme.

Al coincidir este ensayo con el aniversario de Nicea, el primer gran concilio, y con el Jubileo de la Esperanza, *¿Qué Dios?* nos recuerda que el discurso sobre Dios no es meramente un ejercicio intelectual, sino una apertura, un desafío a ampliar nuestra comprensión de la experiencia humana. Nicea, en su tiempo, se atrevió a mirar lo divino, lo infinito, lo eterno. ¿Qué queda de esa mirada hoy?

El reto ya no es probar la existencia de Dios, sino señalar aquellos lugares, esas experiencias que son capaces de revelar algo auténtico sobre su presencia y su acción.

Depósito Legal: M-5346-2025



ISBN: 978-84-1339-224-0



9 788413 392240